

PRESENCIAS DE CRISTO EN LA LITURGIA

Si preguntáramos a cualquier fiel dónde está Cristo realmente presente, es muy posible que nos diga 'en la hostia consagrada'. Y será verdad. Pero si insistiera con esta otra pregunta: *-¿Y dónde más?*, es casi seguro que su respuesta será el silencio.

Creo, por lo tanto, de interés que meditemos en 'las presencias reales' con que Jesús se nos obsequia, en la celebración de sus varias liturgias, de modo especial en la eucarística.

La Constitución conciliar sobre la Liturgia, 'Sacrosanctum Concilium' nos dice que
"Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro (que la preside), sea sobre todo en las especies eucarísticas. Está presente con su virtud en los sacramentos, de modo que cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su Palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la sagrada Escritura, es Él quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmo, el mismo que prometió: '-Donde dos o tres están congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos'" (Mt 18,20; SC 7).

Vayamos pensando en lo antedicho...

En este 'juego de mediaciones' que es la Liturgia, los signos visibles son vehículos de una realidad que nos viene de lo alto.

Desde la óptica que hoy tocamos son vehículos de una presencia: la del Señor muerto y resucitado. El Concilio nos enumera varias de esas 'presencias reales'. En la que se da en las especies eucarísticas, la que se da en la hostia y el vino consagrado, "se dice 'real' no por exclusión, como si las otras no lo fueran, sino por excelencia" (Pablo VI, Instrucción *Eucharisticum Mysterium*, 9).

Por lo tanto, además de esta especial presencia, debemos otras, en otro nivel.

Comencemos a deshilvanar la trama de esas afirmaciones del Magisterio.

Es interesante constatar que a un templo, a un 'espacio de culto' o llamamos 'iglesia' cuando, en rigor de verdad, es sólo un edificio destinado, principalmente, a celebrar los misterios de la Liturgia. Pero a ese edificio lo llamamos 'iglesia', porque allí se congrega 'la Iglesia', la comunidad de los bautizados, de los hijos y hermanos en la Familia de Dios. Se reúne la Iglesia, no formada con ladrillos y piedras sino con las piedras vivas de quienes hemos sido regenerados por el agua y el Espíritu.

Esta es una riquísima realidad que toca de cerca a la pastoral litúrgica, aun en sus detalles materiales. Si el signo es defectuoso, esa 'presencia' del Señor se oscurecerá, como se puede opacar el don de la gracia en un pecador.

El Magisterio litúrgico post-conciliar repite lo enseñado por el Vaticano II (cf *Eucharisticum Mysterium* 9)

Tiene que quedar en claro quién nos convoca y cuál debe ser la actitud de ánimo y la expresión de ese ánimo en los constituidos por el Señor en 'Iglesia en oración'.

De modo particular en el Medioevo, el Libro de la Palabra era enriquecido y bellamente enjoyado. Y esto no era un abuso. Era la honra que se daba a una 'presencia': la de Jesucristo en su Palabra.

Sin que debamos volver a viejos tiempos, será de importancia valorar a los Leccionarios y al Evangelionario, en razón de quien proclama la Palabra y se proclama en la misma. Por esto, el ministro que anuncia la buena Noticia del Evangelio, besa el Libro una vez proclamada la Palabra de Jesús. En verdad, a quien besa es a Jesús. ¿Qué pasará con esa 'presencia' (¿o será 'ausencia'?) cuando el lector no está capacitado para su ministerio, o cuando los micrófonos no suenan o se acopla, o cuando, estando disponible el Leccionario, el lector se acerca a ambón, con un papel en sus manos (la famosa 'hojita' que contiene los textos bíblicos dominicales).

Dice la teología tradicional que el obispo o sacerdote que preside la Eucaristía obra *in persona Christi*, hace sus veces, lo re-presenta y lo actualiza.

El mismo Jesús que se ofreció en la cruz ofrece y se ofrece en la Eucaristía celebrada. Al consagrar el pan, el sacerdote no dice: 'Esto es el Cuerpo de Cristo, sino *Esto es mi Cuerpo...y es el de Cristo!* Se da una identidad entre el Jesús de la última Cena y de la cruz, con el sacerdote que hoy hace 'memorial' de esos hechos redentores. Es éste el momento cumbre en el que Dios instrumenta a un ministro de la Iglesia de su Hijo. De aquí que no se celebre en *jeans* o en traje de calle, sino con un ornamento-signo de que el sacerdote está 'revestido de Cristo', dejando de lado su individualidad propia y 'desapareciendo', para que Jesús se haga presente.

Nos dice el Crisóstomo que *"no es el hombre el que hace que las ofrendas lleguen a ser el Cuerpo y la Sangre de Cristo, sino el mismo Señor, crucificado por nosotros. El sacerdote asiste llenando la figura de Cristo"*.

El gran misterio de la mutación total del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo y la realidad de sacramento permanente de la Eucaristía mientras permanezcan incorruptas las especies, hacen de esta presencia y como su objeto secundario, la adoración.

De aquí la importancia de volver a valorar a Jesús en el sagrario no Comcel Señor escondido y, menos aún, como 'Jesús prisionero', sino como el Señor vivo y presente para la ida del mundo. No hacemos 'genuflexión al sagrario, sino a Jesús vivo y vivificante, y al don de su presencia (HM).

Fray Héctor Muñoz, O.P.